



Oración reparadora Mes de mayo

La Eucaristía Fraternidad realizada

Precisamente, donde la herida del pecado ha construido el reino de la muerte, Dios hace brotar la vida de la herida del costado de Cristo (cf. Jn 19, 34). Las llagas abiertas de Cristo crucificado son en el seno de la historia la herida de amor que sana las otras heridas de división, odio y egoísmo que desfiguran nuestras existencias quitándonos la identidad de hijos y de hermanos. Así la Palabra, el Logos de Dios, al hacerse hombre ha redimido toda la creación porque el ser de Dios es crear y salvar. En el corazón de la historia, la Eucaristía es sanación para el mundo herido en la fraternidad. Precisamente, donde la herida del pecado ha construido el reino de la muerte, Dios hace brotar la vida de la herida del costado de Cristo (cf. Jn 19, 34). Las llagas abiertas de Cristo crucificado son en el seno de la historia la herida de amor que sana las otras heridas de división, odio y egoísmo que desfiguran nuestras existencias quitándonos la identidad de hijos y de hermanos. Así la Palabra, el Logos de Dios, al hacerse hombre ha redimido toda la creación porque el ser de Dios es crear y salvar. En el corazón de la historia, la Eucaristía es sanación para el mundo herido en la fraternidad.

- Canto
- Exposición del Santísimo

Del Evangelio según san Lucas 24, 28-35 (Discípulos de Emaús)

Reflexionemos los numerales del 29 al 33 (Documento Base 53° Congreso Eucarístico Internacional)

29. En la Eucaristía se hace presente el Señor Resucitado, que es nuestra salvación, lo último y lo definitivo. La Eucaristía es una forma permanente de aparición pascual, es la presencia de lo definitivo en nuestro mundo pasajero. Es el comienzo de la irrupción de la Parusía. Se anticipa lo definitivo, los cielos y la tierra nuevos. A través, entonces, del memorial eucarístico, Dios conduce la historia y la humanidad peregrina hacia su consumación, donde todos seremos hermanos, donde la herida de fraternidad quedará sanada en la filiación divina. Esta realización escatológica del Reino en nuestro "aquí y ahora" es la anticipación en la historia de su final cumplimiento.

En la Eucaristía, Cristo, el que vive para siempre, se hace presente y nosotros entramos en comunión con Él en el Espíritu Santo. El Resucitado nos regala y dona lo que Él es: su Palabra, su Cuerpo y su Sangre, en definitiva: su Persona y su Vida. Persona y Vida del Hijo que ha reconciliado en sí todas las cosas y ha llevado a la plenitud de Dios nuestro ser.

En la mesa del Pan

30. La Eucaristía es sanación para el mundo herido en la fraternidad. Ahí donde el pecado nos hizo desconocernos como hermanos y nos puso en relación de oposición y rivalidad, la Eucaristía nos hace sentarnos a la misma mesa del Cuerpo y de la Sangre de Cristo como hijos de un mismo Padre y por lo mismo, hermanos entre nosotros. Por ello, después del relato de la consagración, la Plegaria eucarística de la Reconciliación I, afirma: «Mira bondadosamente, Padre misericordioso, a quienes unes a ti por el sacrificio de tu Hijo, y concédeles, por la fuerza del Espíritu Santo, que, participando de un mismo pan y de un mismo cáliz, formen en Cristo un solo cuerpo, en el que no haya ninguna división».

31. Situado entre la Plegaria eucarística y la comunión, toda la asamblea reza el Padre Nuestro. Este recapitula todas las alabanzas e intercesiones expresadas a lo largo de la celebración y, por otra parte, nos impulsa hacia la puerta del Banquete del Reino, del que la comunión sacramental es un anticipo.

32. La oración del Padre Nuestro es una oración de comunión: es esencialmente la oración de una comunidad que vive en relaciones familiares. Al reconocer a Dios como "Abba", declaramos también el nuevo vínculo que se establece entre los discípulos de Jesús y todos los hombres. La paternidad de Dios es generadora de la fraternidad que reconocemos en el intercambio de un signo de paz.

33. Luego, en procesión hacia el altar, ya al momento de comulgar, decimos "amén" al Cuerpo de Cristo que se nos presenta, conscientes de que con la comunión eucarística nos transformamos en lo que recibimos:31 «El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él» (Juan 6, 56). Este amén y el comulgar tienen como consecuencia el hacer visible en la historia el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, un pueblo de hermanos que ofrece al mundo la presencia misericordiosa de los gestos y las palabras del Señor. «Es bonito, esto; es muy bonito. Mientras nos une a Cristo, arrancándonos de nuestros egoísmos, la comunión nos abre y une a todos aquellos que son una sola cosa en Él. Este es el prodigio de la comunión: ¡nos convertimos en lo que recibimos!»



Pensaba y decía nuestra Madre Encarnación

"Os quedáis en especies de pan para comunicaros más fácil y estrechamente con los hombres, e instituís para nuestro bien los demás sacramentos abriendo así en vuestra Santa Iglesia otras tantas fuentes perennes de gracia y salud".

Para nuestra reflexión

¿Cómo la Eucaristía sana el mundo herido en la fraternidad?

¿En qué medida la alegría de encontrarte con el Señor en la Eucaristía es también la alegría de ir al encuentro de los hermanos alejados?

Oración del Congreso Eucarístico



Señor Jesucristo,
Pan vivo bajado del cielo:
mira al pueblo de tu corazón
que hoy te alaba, te adora y te bendice.

Tú que nos reúnes alrededor de tu mesa
para alimentarnos con tu Cuerpo,
haz que superando toda división, odio y egoísmo,
nos unamos como verdaderos hermanos,
hijos del Padre Celestial.

Envíanos tu Espíritu de amor,
para que buscando caminos de fraternidad:
paz, diálogo y perdón,
colaboremos para sanar las heridas del mundo.

Amén